



Octubre-Diciembre/Diciembre-October.

La clase obrera argentina y la izquierda a dos años del Argentinazo

Eduardo Sartelli¹

El 20 de diciembre de 2003 se cumplieron dos años de ese hecho que rápidamente recibió un nombre que, por dos razones, remite a la tradición nacional de la lucha de clases: el Argentinazo. En primer lugar, desde al menos el Cordobazo, el *azo* ha venido a designar, en el lenguaje coloquial, menos un tipo de acción específica que una magnitud particular del fenómeno en cuestión. Rocazo, Rosariazo, Casildazo, Tucumanazo, Mendocinazo, en los '70; Cutralcazo o Santiagazo en los '90, la terminación *azo* designa hechos distintos, que buscan objetivos diferentes, protagonizados por personificaciones sociales diversas. Lo que los une es la importancia política que alcanzan, las repercusiones inmediatas que provocan, buena parte de la cual la obtienen por la forma en que se manifiestan: la acción directa en las calles. Pero, a diferencia de todos los anteriores, este “azo” que es el *Argentinazo* alude a una magnitud superior a todo lo conocido hasta el momento: es un “azo” nacional. Lo que tal vez sorprende (y desilusiona a muchos) es que a tan poco del mayor incendio político de los últimos treinta años, solo queden cenizas. Un análisis más detenido demuestra que esa es una conclusión superficial. Para comprenderlo es necesario examinar el cuadro en la evolución del último medio siglo de la economía y la sociedad mundial (en general) y la argentina (en particular) y, en ese marco, repasar algunos momentos significativos de la lucha de clases mundial (en general) y argentina (en particular).

1. Las tendencias mundiales

Todo análisis serio de cualquier fenómeno político-social de envergadura debe partir de las tendencias más generales, es decir, de la economía mundial. Sin poder explayarnos demasiado sobre el asunto, sostenemos que la onda larga depresiva de la economía mundial que comenzó a fines de los '60 y comienzos de los '70, no ha desembocado aún en ningún movimiento expansivo similar al del boom posterior a la Segunda Guerra Mundial. No hay, entonces, ningún “boom” generalizado de la economía mundial a la vista, con altas tasas de crecimiento que empujen hacia arriba las variables más significativas (como el empleo o el salario). Todo lo contrario, el mundo se encuentra



tratando de depurar los efectos de una crisis típica por caída de la tasa de ganancias, en busca de una salida. En medio de la onda larga descendente, la burguesía necesita realizar una enorme tarea de destrucción de las fuerzas productivas acumuladas (a fin de reacondicionar su tamaño a los límites compatibles con las relaciones de producción) y aumentar a mayores escalas aún la explotación del proletariado. Resulta obvio que estas “necesidades” son las del capital y que solucionar la crisis actual no requiere de estos “remedios” de dudoso resultado. Pero son las únicas que el capital está dispuesto a respetar, a costa de las privaciones gigantescas a la enorme mayoría de la población mundial. Es por eso que las soluciones burguesas a la crisis no pueden hacer otra cosa que desencadenar un nuevo capítulo de la guerra entre clases. Capítulo cuyas primeras líneas fueron escritas por las dictaduras del Tercer Mundo en los '70 y Reagan y Thatcher a comienzos de los '80; capítulo cuyo pico de dramatismo se alcanzó con la caída del Muro de Berlín y el derrumbe de los estados soviéticos en los '90; capítulo cuya primera parte parece concluir hoy con la segunda Guerra del Golfo.

El resultado de ese proceso es una gigantesca crisis social. La ruptura de las relaciones sociales fundamentales, la imposibilidad de continuar la reproducción de la fuerza de trabajo como tal (expresada, entre otras cosas, en las enormes magnitudes que alcanzan la desocupación y la subocupación) aparece en los periódicos como crecimiento de la delincuencia, la inseguridad, la mendicidad, el incremento de muertes por enfermedades “de la pobreza”, disminución de la talla física, epidemias medievales como el cólera, etc.. Según el lugar del mundo en el que se esté el cuadro es más o menos intenso, pero en todos lados la tendencia es la misma: las relaciones sociales que habían organizado la vida humana se encuentran en crisis y con ellas, entra en cuestión la posibilidad de la reproducción de la vida misma. Como la vida no se suicida, las relaciones sociales rotas por la crisis buscan recomponerse de diferentes formas: surgimiento y expansión de mafias, crecimiento de la “economía clandestina” del narcotráfico, nuevas relaciones asalariadas que representan niveles de explotación nunca vistos, expansión del aparato represivo y el crecimiento de la población carcelaria por “crímenes sociales”. La desesperación arrastra masas al alcoholismo, la drogadicción y el suicidio, ante la clausura del horizonte vital, de las expectativas y las esperanzas. Pululan guerras separatistas, genocidios “raciales”, terrorismo internacional, caída de gobiernos, ascenso de fundamentalismos religiosos, desplazamientos de población, etc.. Por todos los caminos posibles, las relaciones sociales rotas buscan su recomposición en el marco de la sociedad existente. La inviabilidad de realizarlo lleva al cuestionamiento de estas vías y a la búsqueda de otras. Comienza a abrirse paso la conciencia de la necesidad de otras relaciones, que por ahora asume

¹Historiador. Director de la revista *Razón y Revolución* y autor de *La plaza es nuestra*.



formas superficiales en el Primer Mundo (como las luchas contra la globalización) y más profundas en la periferia, desde la emergencia del Zapatismo hasta la secuela de caídas de gobiernos y crisis política en América Latina, de Argentina a Venezuela, pasando por Bolivia, Perú y Ecuador. El barniz ideológico general que por ahora se va dando el proceso está marcado por una profunda crisis del neoliberalismo y el surgimiento de tendencias anarcoides “globalifóbicas” junto con el renacimiento de posiciones nacionalistas y keynesianas en general en el Primer Mundo y de una tendencia a la recomposición de la izquierda revolucionaria en el Tercero.

La causa de que esta onda larga descendente no se resuelva debe encontrarse en la lucha de clases. La magnitud de la tarea correspondiente no puede ser realizada hoy bajo la forma de violentos combates de clase, al estilo 1848, 1870 o 1917-45. El crecimiento de la clase obrera y la cuasi desaparición de clases potencialmente auxiliares del capital en las tareas contrarrevolucionarias (pequeña burguesía urbana y rural, campesinado) ha llevado a una situación de difícil manejo. Eso es lo que explica que no hubiera una derrota de la clase obrera de los países centrales de la magnitud que significó el nazismo, el fascismo o la regimentación por la guerra en el resto de Europa y EEUU. Y es también lo que explica la dificultad en liquidar a fracciones enteras de burguesía débil, al menos en la magnitud que requirió la última onda larga ascendente: dos guerras mundiales y cartelizaciones forzosas, en las que el corazón mismo del capitalismo mundial fue destruido y murieron 100 millones de personas, fueron necesarios para “financiar” el boom de los ‘60. Esto es lo que explica, en parte, la “mundialización” actual: trabada la resolución en el centro, el capital huye a la periferia, atacando indirectamente a la clase obrera de sus países de origen con los obreros del Tercer Mundo, del Segundo y de buena parte del Primero. Mientras tanto, en los países centrales la burguesía apuesta al desgaste más o menos lento según el momento, sin animarse a una embestida frontal. Es así que la crisis no termina de explotar pero tampoco de ser superada, describiendo un movimiento epiléptico que va degradando la realidad social y política y va creando las condiciones para la recomposición de una alternativa revolucionaria.

Toda crisis orgánica conlleva violentas transformaciones en la conciencia de clase. La expansión de los años dorados (1945-70) dio paso a la emergencia de una crisis política que en los países menos desarrollados alcanzó ribetes revolucionarios y en los más avanzados se limitó a una crisis de las “relaciones laborales” acompañada por la crisis de conciencia de vastos sectores de pequeña burguesía. La última oleada revolucionaria del siglo XX terminó en un fracaso y en la conversión de todos los aparatos políticos “progresistas” en ejecutores testamentarios de los “derechos sociales” alcanzados por la clase obrera y la pequeña burguesía tras decenios de lucha. La burguesía salió triunfante de dicha etapa gracias a una tarea que incluyó la combinación de



estímulo y sostén a las dictaduras militares en todo el Tercer Mundo y la instalación de gobiernos “fuertes” en el Primero. No obstante, la fuerza de la burguesía nacía no sólo del triunfo sobre la oleada revolucionaria de los '70 sino también de la ficticia recuperación de la economía reaganiana que se continuó bajo Clinton. Desde mediados de los '90, sin embargo, se percibe a nivel ideológico y político una creciente pérdida de legitimidad política que afecta a todos los partidos burgueses alcanzando, en algunos casos a los sistemas electorales mismos. La tendencia a la debacle de los gobierno de Bush Jr. y Blair es la culminación, hasta ahora, de este proceso en los países centrales.

La burguesía se ha recompuesto parcialmente de la crisis iniciada en los '70 por la vía de destruir a varias de sus fracciones. La cúspide más concentrada del poder está ocupada por la fracción más concentrada del capital cuya distancia con la base burguesa se ha estirado notablemente. El resultado es que no parece poder reconstruirse un poder burgués alternativo basado en una fracción burguesa capaz de orientar a las masas hacia una fórmula que funcione y resulte inclusiva socialmente. Esa es la razón por la cual sólo existe un programa burgués y sólo uno. Y es por eso que la política (burguesa) se vacía de contenido sustantivo y sólo puede ofrecer una alternancia entre el “relájate y goza” neoconservador y la “lucha contra la corrupción” neo-socialdemócrata. Dos formas de presentar el mismo programa económico. Es decir, dos formas de anunciar la incapacidad de la burguesía dominante de trazar nuevas relaciones sustantivas con las masas.

Para el proletariado, la historia es distinta. La larga expansión de los años dorados (1950-70) dio lugar a la consolidación de partidos burgueses con base de masas, bajo la forma de populismos, nacionalismos, socialdemocracia o laborismo. La política adquiría un contenido sustantivo, en tanto fracciones de la burguesía se disputaban un territorio social como medio de la disputa política de sus intereses económicos. La política obrera se ubicaba, mas allá o más acá, según fuere el país y la situación, entre fuerzas políticas de izquierda, normalmente débiles, y otras de centro-izquierda, normalmente poderosas. A la derecha, la burguesía operaba con masas de maniobra mayores o menores pero siempre inferiores al dominante centro-izquierda. Esto significa que la política obrera dependía de las relaciones que unían a fracciones de la clase obrera con fracciones de la burguesía, alianzas en cuyo interior se realizaba también una disputa por su conducción que expresaba la tensión permanente entre un ala “obrerista” y un ala “burguesa”. Con estas alianzas, el proletariado logró una serie de notables éxitos reformistas que llegaron a su punto más alto a mitad de los '70, momento en que se invierten las tendencias.

Por el contrario, la evolución de la política obrera de los '80 para acá es catastrófica. La crisis ideológica de la clase obrera mundial no podría ser mayor. En varios sentidos, es peor que



antes de la Revolución Rusa. No se trata sólo de “la caída del Muro”: es el fracaso histórico de todas las corrientes políticas que, desde el reformismo a la revolución, orientaron la política obrera, desde el comunismo y sus variantes hasta el populismo y el nacionalismo, pasando por la socialdemocracia y el laborismo. La causa es que se han roto las relaciones políticas sustantivas que unían a la clase obrera con la burguesía: con esas alianzas, la clase obrera obtenía mejores condiciones para la venta de su fuerza de trabajo al tiempo que servía de base de masas para fracciones de la burguesía que se disputaban el poder. Algo parecido sucedió con la pequeña burguesía, base de masas de partidos conservadores que ahora no pueden garantizar las condiciones necesarias para garantizar el ascenso social y evitar la proletarización, como los empleos públicos y la educación universitaria. Desgajada de sus alianzas históricas y engrosada en su número por nuevas masas que el capital ha arrojado a su seno provenientes del resto de las clases y fracciones sociales, la clase obrera se encuentra entre la decepción y la deriva. En el interin comienza a estructurar nuevas relaciones potencialmente revolucionarias. Algo similar ocurre con la pequeña burguesía.

Sin embargo, el problema no es tan sencillo. La desocupación y la pauperización de sectores enormes fracturan a una clase otrora más homogénea. Es esta fragmentación la que debe ser superada. Pero, si bien la desocupación fragmenta y divide, en tanto tiende a constituirse en el horizonte del conjunto de la clase, también favorece la reconstrucción de su unidad política sobre nuevas bases. La construcción de organizaciones de desocupados, la reactivación sindical y la unidad política subsecuente, es un proceso en marcha, pero es necesariamente contradictorio y, por lo tanto, lento. No obstante, no parece que el horizonte económico de mediano plazo, por lo menos, le permita a la burguesía elaborar una alternativa “social”, sino todo lo contrario. La contradicción dominante de la situación política mundial actual yace, entonces, en el hecho de que el máximo poder histórico material del trabajo coincide con su menor poder político histórico y, a la inversa, el máximo poder político histórico de la burguesía, se corresponde con su menor poder material histórico. Por poder “material” entendemos el conjunto de relaciones sociales que cada clase es capaz de trazar, es decir, su potencial hegemónico. Esta es la razón por la cual, aunque no se note, el viento sopla ahora a favor de la izquierda revolucionaria.

2. El caso nacional

El capitalismo argentino comparte con la gran mayoría de los otros su tardía llegada al mercado mundial. Aunque los primeros elementos de desarrollo capitalista pueden remontarse a los



últimos años de la Colonia, es recién a mediados del siglo XIX que se consolidan y amplían las relaciones que les son propias. Aún así, el tamaño de ese capitalismo naciente es muy pequeño: en el momento más elevado del crecimiento económico del “modelo agroexportador”, hacia 1914, la economía argentina era equivalente a la de Dinamarca. Además de ser un capitalismo tardío y chico, el capitalismo argentino se asienta sobre un mercado particular, el de productos agrarios, cuyo peso en el conjunto del mercado mundial no hace más que reducirse. Así, el conjunto de la historia argentina depende de este marco general: llegado tarde al mercado mundial, sin un mercado interno amplio y con potencial expansivo, el capitalismo argentino sólo puede encontrar un lugar propio aprovechando las ventajas comparativas que ofrece la producción agraria, cuyo límite es el de ese mismo renglón productivo a escala global. Es así que llega a ser un productor dominante en ese mercado, pero carece de condiciones para ocupar otros renglones productivos. Es por eso que toda la historia argentina es en última instancia, la de un éxito agrario notable que arrastra un fracaso industrial no menos notable. Limitada a un mercado interno pequeño, la industria argentina no puede alcanzar dimensiones competitivas a escala mundial y sólo puede crecer al amparo de una verdadera muralla de mecanismos protectores cuya única fuente de financiación son las ganancias de origen agropecuario, la renta diferencial, la inflación y el endeudamiento. Mientras el tamaño de la industria argentina fue lo suficientemente pequeño como para no representar una carga muy pesada, la expansión simultánea fue posible. En cuanto la relación se invirtió, la economía argentina comenzó una decadencia generalizada en donde la inflación y el endeudamiento se hicieron crónicos.

La burguesía argentina, en su conjunto, está limitada por esta situación. Sólo unos pocos han logrado superar los estrechos marcos de la economía nacional. No sólo se encuentra atrapada en su propio mercado, sino que resulta atacada en su propia casa por burguesías mucho más poderosas que la han desalojado de casi todos los renglones productivos importantes, tanto los que tienen alguna perspectiva mundial como los que se acotan a las fronteras nacionales. En su interior, la burguesía argentina destaca por lo menos dos capas importantes separadas por tamaño. La más poderosa, constituida por los grandes grupos económicos que se beneficiaron tanto del mercado interno como de posibilidades exportadoras y que se consolidaron durante el Proceso Militar y los gobiernos “democráticos”. Reúne capitales de todo tipo: es completamente falso que se trate de un conjunto de financistas y especuladores. En su seno se encuentran capitales productivos que han impulsado las políticas económicas de Martínez de Hoz (como Techint) o de Cavallo (como Arcor). Mantiene con el capital extranjero una serie de acuerdos ligados a las políticas que favorecen la concentración y centralización del capital y el pago de la deuda externa, aunque llegado cierto punto



la relación puede resentirse, aunque nunca romperse del todo, dada la aguda conciencia de su incapacidad para un enfrentamiento abierto con el imperialismo. La capa que oficia de opositora se compone de capitales más débiles, limitados al mercado local y que son las víctimas propiciatorias de cada gran oleada de fusiones y compras. Son los que defienden políticas mercado-internistas y prefieren una moneda devaluada y el congelamiento de tarifas. La capa más poderosa de la burguesía tiene condiciones para liderar un proceso de penetración del mercado mundial pero a una escala muy limitada al sector agropecuario y alguno que otro rubro (petróleo, caños de acero, caramelos). Su expansión no puede sino reproducir los límites del conjunto del capitalismo argentino. Consecuentemente, las políticas que puede impulsar son las que generan mayor desocupación y profundizan la caída salarial a niveles nunca vistos. Es probable que la mitad de la población argentina haya sido ya transformada en población sobrante, de modo que aún cuando su estrategia triunfara, la magnitud de la crisis social alcanzaría dimensiones aún no vistas. La capa más débil de la burguesía argentina, por el contrario, podría impulsar una estrategia más inclusiva socialmente pero absolutamente incapaz de garantizar una expansión sostenida a mediano y largo plazo, puesto que el volumen de sus capitales les amputa toda capacidad competitiva. El resultado esperable por este lado, es una crisis de una envergadura aún mayor, con la desarticulación completa de la economía. En consecuencia, ninguna de las capas componentes de la burguesía argentina puede impulsar una salida de la crisis ni, por lo tanto, resolver ninguno de los gravísimos problemas sociales planteados. La existencia de una coyuntura mundial con tendencias recesivas, hace más difícil aún lo que ya es poco probable.

En este contexto, la clase obrera argentina ha sufrido, al igual que la mayoría de la clase obrera mundial, un ataque en todos los frentes. A nivel político, el enfrentamiento alcanzó ribetes de espectacularidad dramática con el Proceso militar, en el que el conjunto de las organizaciones sindicales y políticas del proletariado fueron destruidas y/o regimentadas. La burguesía logró vencer en los '70 con una brutal represión, pero consolidó su victoria con la "compra" de bases políticas (tanto obreras como pequeñoburguesas) por medio de la deuda y las privatizaciones, utilizando como instrumento distribuidor el anclaje del tipo de cambio. La neutralización de las clases subalternas tomó varias formas (la "plata dulce" bajo Martínez de Hoz, el "voto licuadora" con Menem) pero consistió siempre en propiciar un poder de compra a las grandes masas elevado en términos internacionales, por la vía de sostener un peso sobrevaluado. El precio de esa estrategia era el endeudamiento externo a tasas elevadas (Plan Martínez de Hoz, Plan Austral, Convertibilidad) y la venta de activos públicos. Pero la derrota política de la clase obrera tiene por función crear las condiciones de una mayor explotación. Es sobre esa base que aumenta la duración de la jornada



laboral y la intensidad del trabajo, lo que se traduce en dos fenómenos paralelos: un desgaste más rápido y pronunciado de la fuerza de trabajo y el aumento de la desocupación. Mientras los obreros ocupados morirán jóvenes por culpa de enfermedades y trastornos “profesionales”, los desocupados sufrirán la misma suerte, pero por la imposibilidad de comprar los bienes necesarios para la vida. La degradación general de la población trabajadora es la consecuencia inevitable de los problemas insolubles del capitalismo argentino. Como el incremento general de la tasa de explotación por la vía de la plusvalía absoluta tiene un límite fisiológico, el capital recurre a la plusvalía relativa, es decir, al reemplazo de obreros por tecnología. El resultado vuelve a ser el mismo: incremento sostenido de la desocupación, empeoramiento de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo para los que trabajan.

La consecuencia lógica de este proceso es la debilidad general de las organizaciones corporativas y políticas del proletariado. La historia de la clase obrera argentina ha estado marcada, en los últimos 50 años, por el peronismo. Reformismo más nacionalismo, el peronismo es un caso clásico de partido burgués de masas surgido del seno de la clase obrera, el equivalente argentino de la socialdemocracia francesa o el laborismo inglés. Al igual que sus contrapartes europeas, el peronismo es hoy un cadáver insepulto que no ha encontrado, aún, su sepulturero. La razón de esta peculiar situación se encuentra en la economía: igual que todos los partidos burgueses, el peronismo debe adaptarse a las condiciones generales que establece la acumulación de capital. Un capitalismo que debe resolver una crisis de tipo general no puede soportar experiencias reformistas. Conclusión: o los partidos reformistas se suicidan, o adoptan de una u otra manera la política general que la burguesía requiere. El peronismo no es la excepción a una larga lista de partidos similares que en todo el mundo se han transformado en canales privilegiados del “ajuste”. Esto significa que la alianza con la cual la clase obrera argentina logró las mejores condiciones para la venta de fuerza de trabajo, es decir, que dirigió una estrategia reformista exitosa, se rompe y esa ruptura no puede sino tener tarde o temprano su correlato en la política obrera. Si el peronismo se transforma en el partido del ajuste (ya sea en su variante más derechista –Menem- o más izquierdista –Kirchner), es lógico que la representación de los intereses de sus bases cambie de manos. Y este proceso se acelera con la crisis, aunque es necesariamente lento. Entre otras razones, por las transformaciones que ha sufrido en su interior la clase obrera misma.

La clase obrera argentina logró estructurar una alianza reformista exitosa apoyada en una estructura que hoy ha cambiado. Su centro de gravedad se encontraba en la fracción industrial de la clase (con los metalúrgicos como núcleo duro), que ordenaba la acción de una clase homogénea, no afectada por la desocupación y con un grado muy elevado de organización sindical. Incluso con una



presencia dominante en la vida política nacional, aunque bajo una estrategia reformista. La imagen, hoy, es completamente distinta: una clase sin centro visible (aunque parece alinearse en torno al transporte) se encuentra fracturada en un vasto ejército industrial de reserva, un no menos importante pauperismo consolidado y un ejército en activo muy reducido, completando el panorama una fuerte crisis de estructuración sindical (no sólo por la caída del nivel de afiliación sino visible sobre todo en la existencia de dos centrales sindicales –CGT y CTA- más un alineamiento gremial con tendencia a la coagulación –MTA- y dos corrientes políticas de base sindical –CCC y Polo Obrero). Paralelamente, la magnitud de la clase creció, reforzada por capas que se caen de la pequeña burguesía: profesionales liberales de profesiones que ya no son ni profesiones ni liberales (como los médicos); capas asalariadas que por su origen social reportaban fuera de la clase obrera, entre ellos uno de los protagonistas de la etapa actual, el gremio docente; “cuetapropistas”, es decir, pequeña burguesía no explotadora arrojados al proletariado por la concentración y centralización del capital (comerciantes minoristas, taxistas); juventud procedente de todas las fracciones de la pequeña burguesía que encuentran reproducirse como tales. Buena parte de este fenómeno ha dado en llamarse “desaparición de la clase media”, pero no es más que el resultado de la polarización social a la que tiende permanentemente el capitalismo. Es este escenario el que hace creíble el discurso de la izquierda.

3. Un repaso al calendario

Octubre, 1945

El 17 de octubre de 1945 es el momento en que llega al gobierno del estado esa alianza entre las fracciones más débiles de la burguesía local y del proletariado que recibió el nombre de peronismo. Lo que ese día se concretizó fue la elección del personal político que dirigiría una alianza cuya gestación estaba en marcha al menos una década antes. Ese personal provino de las fuerzas armadas y personajes marginales del mundo político burgués conservador y radical, por un lado, y de los sindicatos no enrolados en el anarquismo, el socialismo y el comunismo, tendencia conocida vagamente como “sindicalismo” por el otro. La alianza peronista defendía una política imposible: un proceso de valorización creciente de la fuerza de trabajo cuyo financiamiento sólo podía provenir de una renta agraria menguante en el marco de los límites del mercado local. Lo que hacía viable el reformismo en Europa y EE.UU., la expansión de la productividad del trabajo en el contexto de un mercado mundial en expansión, la hacía imposible aquí. De allí que la alianza



peronista no pudiera hacer otra cosa que marchar a los tumbos y que se produjera en su interior una disputa permanente por su dirección, al mismo tiempo que los extremos se vieran tironeados a izquierda y derecha. El conjunto no podía mostrar más que una imagen extremadamente amorfa al mismo tiempo que extremadamente consistente: lo unía la defensa del mercado interno, es decir, de la ganancia industrial y la fuerza de trabajo; lo separaba las soluciones probables a la inminente crisis económica y social que portaba en su interior. Toda la historia del peronismo no es más que el desarrollo de esta contradicción. No extraña, entonces, que el peronismo guarde en su seno dos roles contrapuestos: el de partido del orden y el de continente de tendencias revolucionarias. El peronismo fracasó en ambos sentidos cuando la crisis se desencadenó a comienzos de los '70. Lo que vimos (y vemos) desde los '80 para acá no es más que la transformación definitiva del peronismo en uno de sus destinos probables, el de partido del orden, primero con Menem, luego con Duhalde. Precisamente esta transformación es la que ha dado fin al proceso iniciado en 1945. La crisis del capitalismo argentino enterró al reformismo y ofrece una oportunidad histórica a la izquierda revolucionaria. La base de tal oportunidad es el agotamiento de la alianza populista, por el deterioro de la fracción burguesa que la había impulsado y el pasaje de su personal político, el peronismo, a las filas del vencedor. Algo similar sucede con el radicalismo. Queda, entonces, una sola política burguesa posible pero implica la ruptura definitiva de las relaciones sociales que le daban a la burguesía una base de masas.

Diciembre, 2001

Una enumeración superficial de los hechos previos a las jornadas revolucionarias incluiría una enorme cantidad de hechos de masas y de actividad política burguesa. En las jornadas del 19/20 observamos, sobre este fondo, un proceso de unificación general contra el gobierno que expresa, tanto el enorme aislamiento al que se encuentra sometido como la profundidad de la conciencia de las diferentes clases (y sus fracciones) que componen la sociedad argentina sobre el carácter terminal de la crisis que se vive y, por lo tanto, la urgencia de una acción de carácter excepcional. Frente al gobierno De la Rúa se yergue, entonces, una unidad superficial de la burguesía, una movilización autónoma de fracciones de la pequeña burguesía contra el ministro de economía y una movilización autónoma de fracciones de la clase obrera contra el Poder Ejecutivo. Aislado y atacado, el gobierno cayó estrepitosamente, víctima de un golpe de estado de tipo parlamentario. El Argentinazo sorprendió a muchos y la mejor forma de ocultar esa sorpresa que revelaba una profunda ignorancia sobre historia argentina reciente, fue calificarlo de “espontáneo”. Nada más



falso. Desgajadas de sus alianzas históricas tanto como de las coyunturales, fracciones de la clase obrera y la pequeña burguesía han emprendido un movimiento histórico independiente, resultado de una tendencia histórica: el “Argentinazo” no fue un rayo en un cielo sereno, un “acontecimiento”, sino el resultado de un proceso preparado por más de una década de lucha de clases nacional y mundial y asentada en 30 años de transformaciones económicas y sociales, otra vez, nacionales y mundiales. Las columnas que sostienen el Argentinazo tienen cimientos anchos y profundos en las tendencias más poderosas del capitalismo mundial (y, de nuevo, nacional).

La clase obrera viene protagonizando, desde hace una década al menos, hechos de diferente calidad pero todos concurrentes en un punto: la tendencia a desbordar a las conducciones oficiales, a privilegiar la acción directa y la lucha callejera. Eso no quiere decir que las huelgas no existieran y que algunas no asumieran proporciones importantes. Quiere decir que la lucha de la clase obrera comienza a tomar otras formas, que no son nuevas en relación a la historia del proletariado (el piquete es tan viejo como la clase misma). Pero, lo peculiar del fenómeno es la autonomía que el piquete ha cobrado de la huelga, que era normalmente el tipo de acción que se complementaba con piquetes.

La verdadera novedad histórica es la organización de los obreros desocupados, los “piqueteros”. Es una novedad no en relación al conjunto de la historia del proletariado mundial, pero sí en el caso argentino. Un cúmulo de circunstancias explican no sólo la invisibilidad de las acciones de los obreros ocupados (disminuyendo su importancia real en la lucha) sino también la razón de su incapacidad (hasta el momento) para convertirse en vanguardia del conjunto del proletariado. En efecto, fuera de algunas acciones de particular envergadura pero escasa repercusión política sostenida, el proletariado ocupado sólo ha dado espacio a un desarrollo político importante entre los docentes y empleados estatales de diferentes provincias. Hay una explicación para ello y tiene dos partes: la primera, es la desocupación; la segunda, el poder de las burocracias sindicales en dichas ramas de la producción. Donde la desocupación se hizo sentir menos, hasta las burocracias sindicales se han dado el lujo de ser “combativas” (al menos hasta conseguir posiciones de poder en la estructura sindical) como es el caso del ascenso de Moyano (camioneros). Esto explica que la lucha se hiciera fuerte allí donde la estabilidad en el empleo y su peso político son más importantes, como entre los empleados estatales y los docentes, mucho más protegidos de las consecuencias de una huelga fracasada. De modo que no es extraño que la vanguardia de la clase se ubique entre los empleados estatales y los desocupados. La masa de los obreros ocupados de la economía privada sólo se va a hacer presente en el proceso de lucha cuando el derrumbe de la economía en su conjunto no les deje otro remedio, precedido de una licuación de los salarios por la hiperinflación y



una disparada de la desocupación en cuanto se libere la posibilidad de efectuar despidos en las grandes empresas.

Si ahora vemos a la pequeña burguesía, observaremos un panorama similar. Sus acciones se remontan al '83, cuando son punta de lanza de la “reconquista” de la democracia. Es el agotamiento del menemismo el que la llama a la lucha de la mano de su última ilusión política importante, el Frepaso, que inventa los “cacerolazos” en la lucha contra la corrupción. Hay que incluir las luchas por impedir los remates de chacras junto con otras acciones similares de la pequeña burguesía rural, la lucha por los derechos humanos, las movilizaciones contra las inundaciones en la Capital y otras por el estilo. Pero lo más espectacular se produce en Buenos Aires en la noche del miércoles 19: es la pequeña burguesía movilizada la que inicia la caída *de su propio gobierno*, a quien no le permite que la use como masa de maniobras contra los piqueteros y el resto de la clase obrera. En efecto, contra todo lo que dicen quienes critican a la pequeña burguesía por “economicista”, aludiendo al congelamiento de depósitos, la pueblada que inicia el Argentinazo se hizo contra el estado de sitio decretado por *su propio gobierno* para aislarla y separarla de la clase obrera, utilizando el fantasma de los saqueos. Y por esta vía, y al revés que en el '89, le dio la razón a los saqueadores *contra su propio gobierno*. La movilización de la pequeña burguesía no es más que el resultado de dos décadas de desposesión de sus condiciones de vida por parte del gran capital: expropiación de su capital de trabajo, de los ahorros de toda la vida, de derechos educativos y de salud, de sus derechos políticos, la indefensión jurídica, la ausencia de perspectivas para sus hijos y sus consecuencias (drogadicción, desocupación, delincuencia juvenil), la inseguridad, etc..

Diciembre, 2003

¿Cuál es el panorama político de las fuerzas que protagonizaron el Argentinazo a dos años de distancia? Una mirada a la Plaza de Mayo el 20 de diciembre de 2003, puede ayudarnos a responder la pregunta. El primer dato crucial es el fenómeno de la unidad de la izquierda. El segundo dato, tan importante como el primero, es el de la capacidad de convocatoria de la izquierda. El tercero es el renacido poder simbólico de la izquierda. Vamos de a uno.

Durante mucho tiempo, el problema de la unidad de la izquierda asumió un carácter abstracto, cuya única utilidad residía en la posibilidad de instrumentarlo como elemento en la disputa mezquina entre organizaciones. En un contexto en el que las victorias electorales del menemismo dejaban poco espacio para otra cosa que evitar la vergüenza colectiva en las próximas elecciones, todo el asunto se resolvía por la vía de alguna alianza electoral, en el mejor de los casos,



en griterío sin ninguna consecuencia, en el peor. Hace bastante tiempo ya escribí un artículo reaccionando contra esta tendencia con el título “No quiero la unidad de la izquierda”. Lo que allí explicaba era que el problema consistía en ponerse de acuerdo en una candidatura de improbable éxito, sino la discusión programática y un proceso de unidad en la lucha y la construcción real en el seno del movimiento de masas. Y también explicaba que la unidad no era un valor en sí mismo: la unidad de la clase obrera bajo el peronismo no le había impedido marchar de derrota en derrota. La clave está en el programa y en el proceso. Si tenemos el mejor programa pero somos incapaces de construir el partido, es decir, de desarrollarlo en el seno de las masas, no tiene ningún valor. Si estamos en el seno de las masas con un programa equivocado tampoco. Lo que une ambas puntas es la estrategia. El problema es que la estrategia no brota de la cabeza de seres iluminados sino que es un proceso que se da objetivamente la clase obrera (como cualquier clase). Esa estrategia objetiva puede ser corregida, estimulada, desarrollada por una organización con un programa correcto, pero no hay organización que pueda progresar si no se adapta a la estrategia que se despliega objetivamente en la clase. En consecuencia, la izquierda puede debatir lo que se le dé la gana, decir lo que se le dé la gana, hacer lo que le venga en ganas, pero mientras la clase no desarrolle una estrategia, no habrá nada que hacer y no habrá referente empírico contra el cual medir la justeza del accionar de cada partido. Pues bien, la gran novedad es que en el seno del proletariado argentino ha nacido esa estrategia. Los partidos que la han interpretado más fielmente son los que se encuentran hoy a la cabeza del proceso. Esa estrategia se corporiza en una de las fracciones de lo que ha dado en llamarse movimiento piquetero, que no es más que el nombre de “fantasía” para un genérico que se define por la tendencia a la actuación con independencia de clase frente a la burguesía y sus partidos, apoyada en la acción directa.

El movimiento piquetero es la creación más genuina de la clase obrera argentina de los últimos 30 años. Su origen se remonta a 1995 y reúne a obreros ocupados y desocupados con tendencia a la acción directa, sobre todo cortes de ruta, calles, tomas de edificios, ocupación de fábricas, toma de rehenes, etc.. No obstante, en su seno pueden distinguirse dos estrategias distintas. Se encuentra dividido en dos alas, una revolucionaria, protagonista del Argentinazo (el Bloque Piquetero Nacional, una coalición amplia donde destacan el Polo Obrero, brazo sindical del Partido Obrero, el MTR y el MTL, ligado al PC, con el acompañamiento del MIJD) y otra reformista, ausente del Argentinazo (la coalición entre la Corriente Clasista y Combativa, de extracción maoísta y la Federación Trabajo y Vivienda de la CTA). En sentido estricto, estos dos últimos agrupamientos no son más que proyecciones de ideologías burguesas en el seno del proletariado y, como tales, no constituyen novedad política alguna. Por el contrario, el Bloque Piquetero, que se ha



dado un programa revolucionario y con un método revolucionario (grandes asambleas en espacios públicos, una de ellas en la mismísima Plaza de Mayo), es el corazón de la nueva estrategia que brota de la clase.

El segundo dato mencionado tiene que ver con este último punto. La izquierda ha demostrado en las manifestaciones, en las calles, en la lucha, haber logrado un anclaje real en el seno de las masas, algo que resulta evidente apenas se compara la composición de las columnas actuales con las de unos diez años atrás: la izquierda ha abandonado esa coloratura pequeño-burguesa tan propia de mitad del menemismo, para “ennegrecerse”, es decir, llenarse de la presencia del proletariado más explotado y oprimido. Es que el movimiento piquetero es una creación de una fracción de la clase obrera, la fracción desocupada. Como ya vimos, la desocupación vino para quedarse, está en el núcleo mismo de la crisis mundial y de la acumulación de capital en Argentina. Por eso, esta estrategia que brota en el seno del proletariado más explotado también ha venido para quedarse. Por primera vez en treinta años, la izquierda hace pie en el seno de la clase obrera, encarna en un proceso real, converge, como dirección, con una estrategia en marcha entre las masas. Es absolutamente ilusorio creer que se va a liquidar la influencia de la izquierda entre el proletariado desocupado simplemente con maniobras electorales o punterismo estatal. La actual estrategia kirchnerista de aislar a los “duros”, para lo único que está sirviendo es para consolidar su lugar como única oposición real. Los miles de militantes que han nacido a la lucha de la mano del movimiento piquetero, son el corazón del partido revolucionario. Los partidos que se negaron a construir entre los desocupados están pagando con su subdesarrollo político el precio de ese error. Ese partido que está en desarrollo, todavía tiene una multitud de nomenclaturas que se disputan la conducción, aunque hay algunas, como el PO, que se perfilan como grandes candidatos. Sea como sea, está claro que la estrategia de Kirchner va a llevarse por delante una realidad más consistente que la que imagina, algo que ya experimentó en el “piquetazo” de febrero de 2004. El potencial del movimiento piquetero consiste en su capacidad para consolidar una dirigencia y ofrecer un refugio desde donde esperar el fin del reflujo relativo en que se encuentra el proceso que se inició con el Argentinazo. En cuanto el reflujo termine, en cuanto el proceso recupere su ascenso, el movimiento piquetero será la plataforma desde la cual, como se vió durante la primera mitad del 2002, los partidos de izquierda asaltarán las posiciones de la burocracia sindical, hoy por hoy sobreviviendo gracias a la ausencia de oposición seria.

Todo este asunto del “aislamiento” nos lleva a examinar el tercer dato importante, el de la capacidad simbólica del movimiento piquetero. Todo proceso histórico profundo revoluciona el conjunto de la vida social. El peronismo no cambió sólo las relaciones económicas, sino que



produjo una conmoción aún mayor en la vida cultural. En este aspecto, el movimiento piquetero ya ha producido un conjunto de artistas e intelectuales que son su expresión en las superestructuras, junto con un manojo de elementos simbólicos de primera importancia. No es menor el que la palabra “piquetero” venga a designar la lucha, la disputa, la presencia en la calle, la personificación misma de la dignidad. Es también la misma imagen del piquetero, con su cara tapada, la pechera, el palo, la gomera, la que trasunta la recuperación de fuerza moral que constituye la superación de la derrota que la burguesía infligió a la clase obrera en los '70. Ese mismo poder simbólico se extiende al rol de la mujer piquetera y a la gigantesca revolución en la relación entre géneros que su presencia dominante en los piquetes impone. Pero el mayor éxito simbólico del movimiento piquetero es el monopolio del Primero de Mayo, por un lado, y la conquista del escenario histórico del poder en el país, la Plaza de Mayo. Una plaza roja es lo que uno espera hoy encontrar el Primero de Mayo, en lugar de una celeste y blanco. Lo mismo sucede con el 20 de diciembre, más rojo aún. El gran perdedor de la disputa simbólica es, obviamente, el peronismo.

El 20 de diciembre de 2003 fue tal vez la primera vez en que estas novedades que han venido para quedarse, se mostraron como rutina, es decir, no como sorpresa, no como una novedad, sino como un hecho establecido. La izquierda piquetera puede, con justo derecho, decir “la plaza es nuestra” y teñirla de todas las variantes y combinaciones posibles de un rojo vivo.

Octubre, 1917

Octubre de 1917 es una fecha clave en la historia de la clase obrera y del socialismo. En primer lugar, porque es la primera (y hasta ahora la única) revolución socialista triunfante protagonizada por la clase obrera. En la estrategia histórica del proletariado, la experiencia bolchevique es la única que se acerca a las condiciones de la revolución socialista en un país capitalista avanzado. Tanto China como Cuba son revoluciones donde el elemento campesino es dominante y sólo la conducción representa la dirección proletaria socialista. Incluso en estos casos, difícilmente esas direcciones podrían haber controlado el proceso si no fuera por la presencia de la URSS, aún en los casos en los que actuaron contra la dirección estalinista, como hizo Mao. En efecto, a pesar de la desastrosa conducción estalinista de la URSS, la sola existencia de un estado obrero que actuara como guía “moral”, como ejemplo de la posibilidad de la derrota del capitalismo, daba a las conducciones socialistas sumergidas en un mundo campesino, una autoridad difícilmente contestable. Es, entonces, la fuerza de Octubre la que se manifiesta y, a través de ella, la de la clase obrera rusa que protagonizó la revolución. Todas las revoluciones triunfantes del siglo



XX, entonces, son deudoras de la única estrategia socialista triunfante hasta el momento, la del Partido Bolchevique. La Argentina está lejos de constituir un paisaje adecuado para estrategias maoístas-guevaristas y se acerca más a la Rusia de 1917. Está claro también que esa experiencia guarda cierta distancia con la realidad argentina actual, en tanto el peso del proletariado en su interior es mucho mayor que en el imperio de los zares, mientras la presencia de otras clases relictuales o capas en transición (campesinos y pequeña burguesía) es escasa o nula. De modo que el escenario es mucho más “obrerista” que el que en su momento enfrentaron Lenin y Trotsky. Sin embargo, el eje de la intervención bolchevique, la primacía del proletariado en la dirección política mantiene su valor y, diría, lo refuerza en un escenario como el argentino. Esto significa que la estrategia revolucionaria en la Argentina va a tener un tinte propio, pero será sobre la base de la asunción crítica del bolchevismo. En este sentido, la revolución rusa sigue siendo un espejo donde la clase obrera argentina debe mirarse necesariamente si quiere superar los límites no sólo del 17 de octubre sino también del 19/20 de diciembre de 2001.

4. El futuro de la lucha de clases en Argentina

Dijimos que la burguesía argentina es una especie en desaparición. Su perpetuación no hace más que obligar al país a lanzarse de crisis en crisis cada diez años, en explosiones caracterizadas por hiperinflación y endeudamiento. Pero tales “remedios” sólo ofrecen sangre, sudor y lágrimas para nada. El gobierno militar inició el mecanismo de “salto hacia adelante” vía deuda que ha caracterizado a la burguesía argentina (y no sólo argentina) desde ese momento (y tal vez, desde mucho antes). En efecto, atacada por burguesías más poderosas, la burguesía argentina recurre a una feroz concentración y centralización del capital, con la liquidación consecuente de pequeños y medianos capitales, y al endeudamiento permanente. Por ambas vías esperaba alcanzar algún lugar en el mercado mundial. El resultado es la conformación de una cúpula burguesa extremadamente reducida, que progresa en la misma medida en que se expropia al resto de la burguesía local y al crecimiento de la deuda. Cada tanto el sistema estalla como resultado de la inviabilidad de largo plazo de esa estrategia y su debilidad financiera de corto plazo (1982, 1989, 2001), dejando la secuela de mayores quebrantos de capitales más débiles, privatización de activos públicos, licuación de pasivos y estatización de deudas. Con estos mecanismos, la burguesía local transfiere sus pérdidas al conjunto de la sociedad, socializando su bancarrota. En el camino, algunos grandes grupos económicos, sobre todo en sectores como el agrícola, logran condiciones para operar en el



mercado mundial, condiciones que se traducen en innovaciones productivas y escalas de producción que son destructoras de empleo. El resto de las actividades sufre las transformaciones que el proceso mundial de concentración, centralización y desregionalización del capital le impone, provocando nuevas destrucciones de empleos por la vía del aumento de la productividad del trabajo o por la desaparición de ramas enteras de la producción como resultado de su relocalización a escala mundial. Superficialmente (o sea, nacionalmente) puede aparecer como “desindustrialización” y estancamiento de las fuerzas productivas. A escala mundial, no es más que la consecuencia lógica del desarrollo de las fuerzas productivas. A largo plazo, es la burguesía imperialista, sea yanqui o europea, la que se consolida como poder dominante. Por eso, el problema no es la falta de desarrollo capitalista o alguna “deformación” corregible, sino su existencia misma.

No es tampoco un problema de atraso cambiario y que se resuelva (ya está visto que no) con una devaluación. El atraso cambiario mismo es la expresión de un problema más profundo: la incapacidad de la reestructuración capitalista para catapultar la productividad del trabajo local y, por ese mismo movimiento, recuperar posiciones en el mercado mundial en una magnitud suficiente como para ocupar a una parte sustantiva de la mano de obra local e incrementar las exportaciones a fin de asegurar el repago de la deuda. Este es un problema que la Argentina arrastra desde hace décadas. De hecho, forma parte de la historia misma de la Argentina y de todo capitalismo débil (es decir, chico) porque la devaluación de la moneda es la manera por la cual los pequeños capitales (a escala mundial) se defienden de los grandes. Las devaluaciones monetarias son, entonces, reconocimiento del retraso permanente de la productividad del trabajo en los capitalismos más débiles, retraso que sólo puede limitarse por esa vía. No resuelve el problema, sólo lo traslada al futuro y a una escala mayor. El ciclo podría describirse de la siguiente manera: retraso de la productividad del trabajo, tensiones en la balanza comercial y de pagos, presión sobre el tipo de cambio, crisis, depuración de capitales más débiles, concentración y centralización del capital, sobrevivencia de los grupos económicos más alineados con la productividad mundial, penetración del capital extranjero, nuevas condiciones de estabilidad, nuevo plan económico, endeudamiento y expansión de la población sobrante. Todos los “planes económicos”, por lo tanto, no son más que la expresión de la paz entre dos guerras de capitales en las cuales pierden los más chicos y, como tendencia, se imponen los grandes y dentro de estos, ganan espacio los extranjeros. La devaluación viene a facilitar esta resolución renovando el aire para los grandes capitales locales que sobreviven. Por eso, todo plan económico comienza con un dólar “recontra alto” (Krieger Vasena, 1966; Martínez de Hoz, 1976; Cavallo, 1991, Lavagna, 2002) que se va licuando hasta hacerse “recontra bajo”. Casi todos comienzan también con una violenta confiscación de depósitos, lo que no es más



que parte del proceso general de confiscación que sella el nuevo pacto entre los “grandes” nacionales y extranjeros. Un pacto que dura lo que el retraso permanente de la productividad del trabajo nacional tarde en hacerse notar, hecho que depende de la coyuntura financiera internacional y/o de la posibilidad de rematar activos estatales o disminuir el déficit público. La última de estas experiencias fue el Plan de Convertibilidad (Cavallo) que reunió una amplia coalición coyuntural que se tradujo en las victorias electorales del menemismo. Cuando el retraso de la productividad del trabajo comenzó a hacer sentir sus consecuencias, la devaluación se impuso como una necesidad para devolver competitividad a la economía rebajando abrupta y masivamente los salarios reales. Pero la devaluación al mismo tiempo constituía un remedio capaz de matar al enfermo. Por eso no alcanzaba. Al igual que en el '82 y en el '89-90, se imponía salvar a los bancos de la quiebra (“Corralito”) y a las empresas con deudas internas (licuación de pasivos con la devaluación y la pesificación) y externas (nacionalización de las deudas privadas). Todo eso debería ser pagado por alguien: la confiscación de los depósitos y el cese de pagos de la deuda, que afecta aparentemente a los bancos y a las AFJP pero recae, en última instancia, sobre los asalariados, ahorristas y futuros jubilados argentinos.

La cúpula de la burguesía argentina impulsa esta política casi suicida por su propia debilidad. Incapaz de garantizar la reproducción a escala ampliada, es decir, de reconquistar posiciones en el mercado mundial, se contenta con ser socia menor del imperialismo americano, aunque ello signifique dormir con el enemigo, algo que hizo con placer durante la década menemista. Ahora se encuentra en condiciones de desorganización relativa producto de esa misma política, razón por la cual la crisis pareció revivir la política populista con el gobierno de Duhalde entonces y de Kirchner hoy. Pero la debilidad de esta política es mayor que en los '70, por la simple razón que las magnitudes inferiores de capital que representa son aún menos capaces de sostener el desarrollo de las fuerzas productivas y reconquistar posiciones en el mercado mundial. Por eso, la política populista se limitó a descargar sobre las espaldas de las grandes masas la licuación de pasivos y la mejora de la “competitividad” vía devaluación, a costa de una completa desestructuración de las relaciones sociales. La burguesía argentina demuestra, en su conjunto, la desaparición de su necesidad de existencia y su transformación en parásito destructor de toda relación social. Que la sociedad, en especial las masas explotadas, hayan enarbolado como grito de guerra el “Que se vayan todos” es una expresión de su conciencia del agotamiento de toda función social del conjunto de la clase propietaria, por ahora evidenciado en el agotamiento definitivo de los partidos políticos que encarnaron todas y cada una de las variantes de la política burguesa. Es este agotamiento definitivo el que ha dado pie al renacimiento de la posibilidad de una alianza



revolucionaria, la que se expresó en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 y que festejó dos años en el 2003. El experimento Kirchner, apoyado en precios milagrosos para la soja y el petróleo, debe navegar en estas turbulentas aguas. Parece, superficialmente, que ha logrado superar todos los problemas, como Alfonsín en su momento y el Plan Austral o Menem y el Plan Cavallo. Es posible que Lavagna logre aire para esta experiencia por un período similar de tiempo, pero también es cierto que cada uno de estos ciclos fue cerrado por una explosión todavía mayor que la que le dió nacimiento. Y que en cada uno de estos momentos la actividad de la clase obrera fue dando saltos en cantidad y calidad. Si esto es así, la próxima ronda puede ser la definitiva. Se habrá cerrado el ciclo y el último diciembre terminará alumbrando un nuevo octubre.